

**LA VELILLA, UN ENTERRAMIENTO DE  
TRADICIÓN DOLMÉNICA EN EL VALLE  
DEL VALDAVIA**

**Por:**

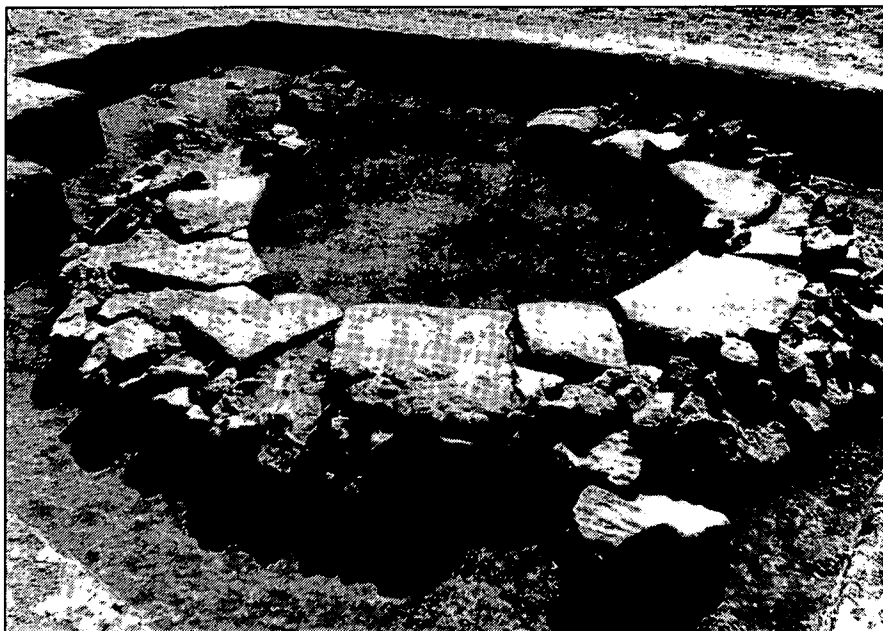
**Pilar Zapatero Magdaleno**



En un momento de la prehistoria coincidente en líneas generales con los Milenios IV y III antes de Jesucristo numerosas poblaciones europeas de la fachada atlántica, del entorno báltico y de las riberas del Mediterráneo, que ya conocían la agricultura y la ganadería pero aún no, ordinariamente, el metal, adoptaron un mismo modelo de tumba, el dólmen, construido con grandes bloques de piedra y diseñado a modo de osario colectivo para albergar múltiples y sucesivos enterramientos.

La costumbre de construir dólmenes, que hasta no hace muchos años se consideró erróneamente resultado de la instalación en la Europa «bárbara» de prospectores de metal llegados desde el Mediterráneo Oriental, prendió también con fuerza en la Península Ibérica, donde se conocen varios millares de tales sepulcros megalíticos. Su reparto es bastante desigual, registrándose —frente a concentraciones tan grandes como las de Galicia, Portugal, País Vasco o Andalucía oriental— vacíos casi absolutos como el del litoral mediterráneo entre la desembocadura del Ebro y Almería.

Las tierras de la actual Castilla y León también fueron consideradas hasta la mitad de este siglo un yermo megalítico, ya que apenas se conocían hasta entonces algunos monumentos excavados por el Padre C. Morán en las provincias de Salamanca y Zamora (Morán C. 1935). Sin embargo, el descubrimiento de un nuevo brote megalítico en tierras de Burgos —zona de Lara de los Infantes y Parameras de la Lora— (Delibes G. *et alii.* 1982) ha servido para plantear la teoría de que tanto los dólmenes charros como los burgaleses pudieran haber sido eslabones de una cadena de distribución megalítica que, teniendo su origen en el denso foco portugués, habría estimulado la aparición en su otro extremo del importante grupo dolménico vasco; una cadena que se completaría con el reconocimiento de dos sepulcros en el Duero Medio (Villanueva de los Caballeros y Simancas. Valladolid), cuya condición de osarios colectivos les vincula al más clásico ritual megalítico. No es el caso de su estructura que, en línea con la realidad geológica del sector, se caracteriza por la inexistencia de los clásicos bloques ciclópeos de los dólmenes de otras zonas.



*Fig. 1.—Aspecto general de la estructura del enterramiento.*

La reciente excavación de un nuevo monumento, el de La Velilla, en Osorno (Palencia), ha arrojado importante luz sobre estos problemas al confirmar definitivamente (Maluquer, 1974) la conexión de las tierras de la Submeseta Norte y del País Vasco, por una parte, y al demostrar, por otra, que la personalidad de las tumbas colectivas del Duero Medio no obedecen exclusivamente a imperativos litológicos impuestos por la geología regional.

El monumento de La Velilla se halla a la altura del kilómetro 3 de la carretera que une esta localidad con Abia de las Torres y está enclavado sobre un pequeño promontorio emergente en la campiña del Pisuerga, lo que le concede una situación privilegiada pues permite dominar una amplia perspectiva y ser contemplado desde cualquier lugar del entorno. Se trata de un panteón de planta circular (*Fig. 1*) que consta de una estructura interna o cámara funeraria y de una protección externa. Aquella manifiesta una planta casi circular, delimitada por 10 enormes bloques de piedra que, a diferencia de los dólmenes clásicos, reposan horizontalmente sirviendo de base a unos alzados de tapial muy deteriorados sobre los que, originalmente, debió descansar una cubierta ya no conservada. Todo el conjunto se encuentra reforzado exteriormente por un anillo de 9,5 metros de diámetro, formado por piedras de inferior tamaño que configu-

raban una especie de túmulo cuya misión principal era salvaguardar la integridad del monumento.

Muy posiblemente, como cualquier otra sepultura colectiva, el recinto contó en su día con un pasillo o puerta de acceso a través del cual se incorporaban las sucesivas inhumaciones. La excavación no pudo localizarla porque, posiblemente, se situaba en el SE. del conjunto, muy deteriorado. Por el contrario, sí se ha localizado el suelo sobre el que reposa todo este conjunto, hecho de un preparado de calizas machacadas bajo el que yacen unos hogares fundacionales y sin duda vinculados a algún ritual relacionado con la erección del monumento.

En el interior de la cámara se conservaba un inmenso osario correspondiente a más de un centenar de individuos de los que sólo 9 tenían sus esqueletos en perfecta conexión anatómica. Los restantes, en cambio, se hallaban totalmente desmembrados, aunque no sabemos si por haber sido depositados así o a causa de las remociones de hueso realizadas en el transcurso del uso del monumento para habilitar espacios a nuevas inhumaciones.

El depósito de los muertos debió de realizarse en medio de unos ritos sólo conocidos en parte. Sabemos, por ejemplo, que los cuerpos de los difuntos se embadurnaban con una sustancia pulvurulenta de origen mineral —ocre— y, asimismo, que se depositaban junto a ellos elementos de ajuar bastante estereotipados, sin duda, para hacerles más llevadera la vida de ultratumba. Entre estos elementos de ajuar (*Fig. 2*) los hay de carácter ornamental (cuentas de collar de lignito, serpentina, gilbertita, ámbar), de cariz funcional (puntas de flecha, cuchillos o raspadores de sílex, hachas y afiladeras de piedra pulimentada, etc.) y algunos más de exclusiva intención ritual, caso de ciertos ídolos de hueso trabajados a partir de tibias de ovicápridos, bellamente decorados con temas geométricos y excepcionalmente en una de las piezas, mostrando rasgos (senos y melena) de mujer.

Estos últimos elementos, comúnmente denominados «ídolos-espátula» (Delibes G. *et alii.* 1987) por mostrar un extremo liso, ancho y aplanado, presentan el interés de aparecer también en los sepulcros vallisoletanos antes citados, así como en los ajuares del foco megalítico alavés, por lo que son considerados una de las pruebas fehacientes de la vinculación que existía entre los núcleos dolménicos meseteño y vasco, ratificando pues el origen occidental del megalitismo pirenaico.

Sin embargo, la afinidad no aparece tan clara en el aspecto arquitectónico. La Velilla, aún disponiéndose de la piedra adecuada para hacerlo —que, por cierto, hubo de ser transportada desde los afloramientos existentes algunas decenas de kilómetros al norte—, se optó por no construir el clásico dólmen, con sus piedras enhiestas, lo que nos permite deducir que la peculiar arquitectura de

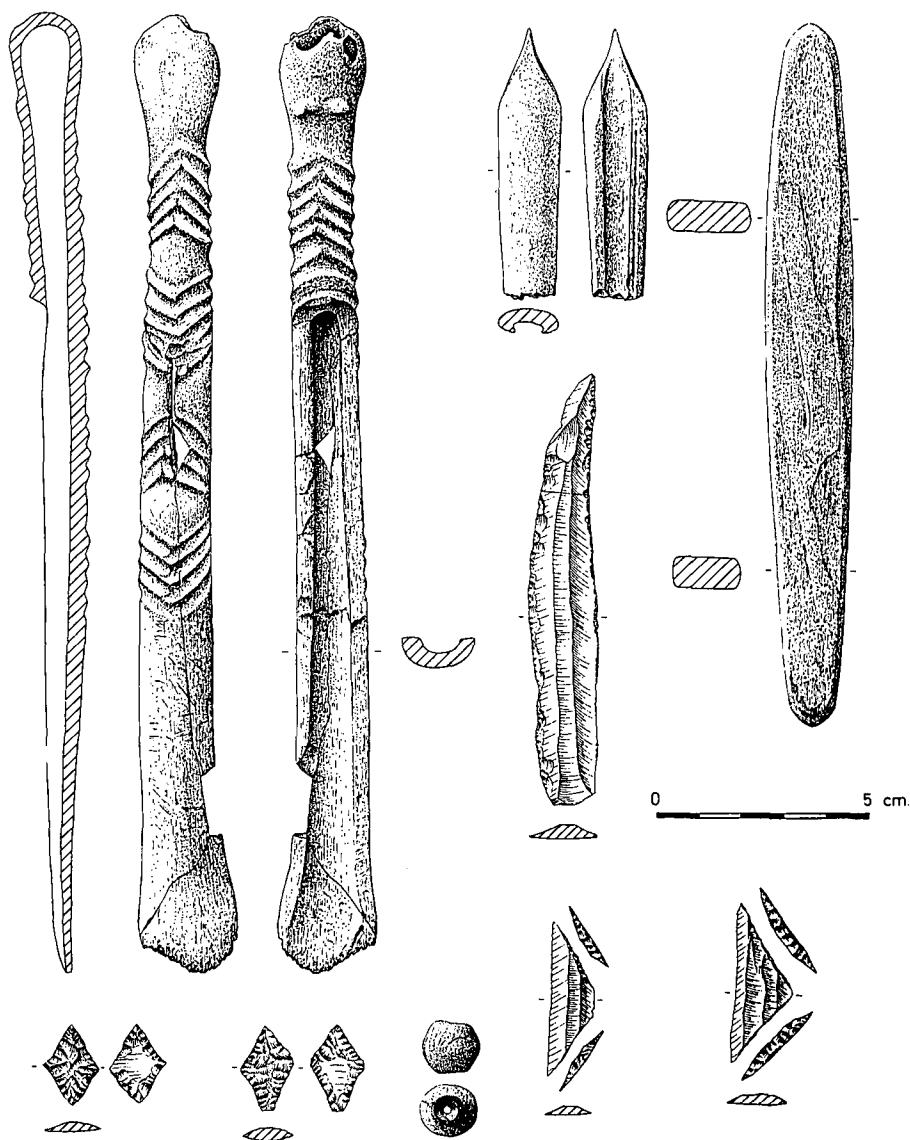


Fig. 2.—Ajuar dolménico del sepulcro de la Velilla

los sepulcros colectivos del Duero Medio no es simple respuesta, como en su día se creyera, a la especial litología del medio en que se asientan.

Por último, se considera interesante añadir que varias muestras de carbón recogidas en el transcurso de las excavaciones han sido analizadas por el procedimiento del carbono-14 en el laboratorio holandés de la Universidad de Gröningen. Merced a ello se ha obtenido una fecha absoluta que sitúa la utilización del monumento funerario en las proximidades del año  $2860 \pm 200$  a C., corroborando también que los megalitos de esta zona fueron construidos por las poblaciones neolíticas indígenas antes, pues, de la Edad del Cobre, y que se encuentran entre los más antiguos de Europa occidental.

La excavación de La Velilla, que se enmarca dentro del Plan de Investigaciones del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Valladolid, contó con el apoyo desinteresado de un grupo de alumnos de esta Universidad y de la de Cantabria, así como con la asistencia técnica del Museo Arqueológico Provincial y la Institución «Tello Téllez de Meneses», a través de la cual se canalizó. Del mismo modo no sería justo silenciar la incondicional colaboración del ayuntamiento y cámara agraria de Osorno y también, en general, de todos los vecinos de esta villa, vivamente preocupados por la investigación del patrimonio histórico local. La financiación de los trabajos, por último, corrió a cargo de la Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural de la Junta de Castilla y León.

## BIBLIOGRAFÍA

- DELIBES G. *et alii.*, 1982: *Dólmenes de Sedano, I. El sepulcro del corredor de Ciella*. N.A. Hisp. 14. pp. 140 y ss.
- DELIBES G. *et alii.*, 1987: *Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano*, Madrid, pp. 181-197.
- MALUQUER DE MOTES J., 1974: «En torno a la cultura megalítica de la Rioja alavesa». *Estudios de Arqueología Alavesa VI. Homenaje a Domingo Fernández Medrano*. Vitoria pp. 83-90.
- MORÁN C., 1935: «Excavaciones en los dólmenes de Salamanca y Zamora. Mem.» J.S.E.A., n.º 135. Madrid.

